



Prólogo

Gonzalo Cruz Andreotti¹

Cómo citar: Cruz Andreotti, G. (2023): Prólogo, *Gerión* 41(2), 333-336.

La identidad y la identidad étnica no son un tema nuevo. Al contrario: uno de los propósitos de la Historia como disciplina ha sido, junto a otros, definir el papel del pasado en la elaboración de una identidad colectiva, adquiera o no la plasmación material en un estado-nación o en una nación sin Estado que transite bajo el paraguas de un *ethnos* histórico o mítico. Lo que puede ser más novedoso es la vuelta a la centralidad del debate, o, mejor, de determinado debate, en el marco de lo que ahora se llama “batalla cultural” que ocupa, también, una posición hegemónica. A menudo, dichas “narrativas identitarias” alcanzan el nivel del disparate. Una batalla ideológica con consecuencias políticas donde la “vuelta al pasado” tiene un papel nuclear a la hora de legitimar identidades y elaborar narrativas gloriosas con las que huir de un presente lleno de incertidumbre a nivel individual y colectivo, en el que las certezas y los consensos surgidos tras la Segunda Guerra Mundial se han venido abajo. Por lo pronto, sólo con contextualizar cada polémica identitaria en el marco histórico adecuado y metodológicamente correcto, contribuimos desde nuestra posición de historiadores, y no poco, a relativizar y des-adjetivar las posiciones enfrentadas y reducir el nivel de ruido que está produciendo la polémica y el conflicto identitario.

Ya sabemos que España no ha estado ajena a todo eso, dada su particular historia nacional, sobre todo por el verdadero trauma colectivo que significó la Guerra Civil y el franquismo. Obviamente, tampoco la protohistoria y la historia antigua peninsular han permanecido al margen de la polémica identitaria: todavía en determinados ambientes escolares y divulgativos (y alguno académico) las etnias históricas peninsulares son consideradas una parte de nuestra “esencia como pueblo (o pueblos)”: la etnia, el pueblo o el territorio, como la lengua o las creencias, tomados como términos absolutos y excluyentes, constituyen todavía elementos al uso y tremendamente peligrosos en esa batalla cultural que antes mencionábamos. De hecho, a nivel académico, aún son muchos los autores que siguen usando por comodidad o por costumbre, los nombres greco-latinos conocidos como “pueblos prerromanos” dentro de unos parámetros cronológicos y territoriales, e incluso unas caracterizaciones étnicas y materiales, que continúan ese historicismo cultural esencialista tradicional que tendía a identificar etnia y cultura como un componente indisoluble e indivisible: se esfuerzan en perfilarlo o matizarlo, no en discutirlo o replantearlo caso a caso, situación a situación. El ejemplo más notorio, por el impacto divulgativo que tiene,

¹ Universidad de Málaga
E-mail: g_andreotti@uma.es
ORCID: 0000-0002-4477-0715

es la persistente consideración de Tarteso como una “civilización” que abarcaría todo el mediodía peninsular, con todo lo que ya implica en el imaginario colectivo sólo el mero uso de este término (García Fernández – Fernández Götz, “Esencialismo, normativismo, posmodernismo: las interpretaciones sobre la etnicidad en la Arqueología española”, *Gerión* 28/2, 2010, 53-84).

No obstante, se ha avanzado mucho en los últimos 20 años, a pesar del ruido exterior. Aunque pueda merecer una crítica de conjunto por la distancia entre las intenciones globales y los estudios parciales, la publicación en *Complutum* en 1992 del Congreso sobre Paleoetnología de la península ibérica celebrado en Madrid en 1989, y que se convocó con la loable y necesaria intención de actualizar todo el mapa paleo-etnológico peninsular, significó un cambio de paradigma por dos motivos. En primer lugar, porque se concluyó que la delimitación de todo el desarrollo histórico que, en el caso hispano, iría desde el Bronce Final hasta la llamada romanización, ha de verse y analizarse como un proceso de etnogénesis, de configuración etno-identitaria que está sometido a cambios continuos. En segundo lugar, porque hay que volver a colocar en su justo término el papel activo (y no necesariamente negativo) que cumplieron fenicios, griegos, púnicos y romanos y, por tanto, se abrió la puerta a discutir conceptos como colonizadores y colonizados, conquistadores y conquistados y, al menos, a dudar de las fronteras etno-políticas y administrativas tradicionalmente admitidas, como también de los efectos de la llamada romanización o las continuidades indígenas.

Algunas monografías –en su mayoría colectivas– han mantenido vivo el debate (Cruz – Mora, eds., *Identidades étnicas– identidades políticas en el mundo prerromano hispano*, Málaga, 2004; Díaz-Andreu *et alii*, *The Archaeology of Identity. Approaches to Gender, Age, Status, Ethnicity and Religion*, London, 2005; Fernández Götz, *La construcción arqueológica de la etnicidad*, Noia, 2008; Caballos – Lefebvre, comps., *Roma generadora de identidades. La experiencia hispana*, Madrid-Sevilla, 2011; Santos – Cruz eds., *Romanización, fronteras y etnias en la Roma antigua: el caso hispano*, Vitoria-Gasteiz, 2012). Nada de ello es ajeno a la efervescencia que la discusión en torno a la definición, la terminología y el alcance de la colonización y la romanización ha alcanzado en el mundo anglosajón, desde planteamientos poscoloniales y posprocesuales (*vid.* el monográfico coordinado por M. J. Versluys en *Archaeological Dialogues* 21, 2014 – cf. un análisis crítico: Cardete, “El postcolonialismo y los procesos coloniales: controversias y posibilidades de análisis”, [en] Olesti, ed., *Lo viejo y lo nuevo en las sociedades antiguas: homenaje a Alberto Prieto*, Besançon, 2018, 659-673). En la práctica, ha sido en el campo de la arqueología donde ya se venía produciendo un vuelco copernicano (Jones, *The Archaeology of Ethnicity. Constructing identities in the past and present*, London-New York, 1997), pues se trata de la disciplina más implicada en la cuestión de las definiciones territorial y cultural de las etnias peninsulares, particularmente con estudios de caso de relieve. Es imposible citarlos a todos, pero podríamos destacar a G. Ruiz Zapatero, J. Álvarez-Sanchís o M. Fernández Götz para los vetones (“Etnicidad y arqueología: tras la identidad de los vettones”, *Spal* 11, 2002, 253-275; “Los verracos y los vetones”, *Zona Arqueológica* 12, 2008, 215-231; junto a Fernández Götz, “Ethnicity in Iron Age Iberia. Theoretical reflections and case studies”, [en] F. Saccoccio – E. Fecchi (eds.), *Who do you think we are? Ethnicity in the Iron Age Mediterranean*, London, 2022, 21-38); a A. González Ruibal para el noroeste (“The politics of identity: ethnicity and the economy of power in Iron Age northwest Iberia”, [en] Stoddart – Cifani

(eds.), *Landscape, ethnicity and identity in the archaic Mediterranean area*, Oxford, 2011, 245-266); o a C. Aranegui Gascó, I. Grau Mira, J. García Cardiel o F.J. García Fernández para el mundo ibero-turdetano (Aranegui – Vives-Ferrándiz, “Encuentros coloniales, respuestas plurales: los ibéricos antiguos en la fachada mediterránea central”, *Arqueo Mediterrània* 9, 2006, 89-107; Aranegui, *Los iberos ayer y hoy: arqueologías y culturas*, Madrid, 2012; Grau, “Espacios étnicos y políticos en el área oriental de Iberia”, *Complutum* 16, 2005, 105-123; Grau – Rueda, “Memoria y tradición en la (re)creación de la identidad ibérica: reviviscencia de mitos y ritos en época tardía (ss. II-I a.C.)”, [en] Tortosa, ed., *Diálogo de identidades. Bajo el prisma de las manifestaciones religiosas en el ámbito mediterráneo (s. III a.C. - s. I d.C.)*, Mérida, 2014, 101-121; García Cardiel, “Revestir el poder en tiempos de cambio: el uso de la toga entre las elites ibéricas (ss. II-I a. C.)”, *Archivo Español de Arqueología* 92, 2019, 155-171; García Fernández, “Deconstructing ‘Turdetanian Culture’: Identities, Territories and Archaeology”, [en], G. Cruz, ed., *Roman Turdetania. Romanization, Identity and Socio-Cultural Interaction in the South of the Iberian Peninsula between the 4th and 1st centuries BCE*, Leiden-Boston, 2019, 46-69). Además, habría que añadir interesantes aportaciones en términos conceptuales o metodológicos (M. Díaz Andreu, A. González Ruibal, M. A. Fernández Götz, G. Ruiz Zapatero, E. Ramírez Goicoechea...), que han puesto en cuestión viejos paradigmas. En primer lugar, las posibilidades y los límites de la cultura arqueológica como marcador objetivo y exclusivo del grupo étnico, puesto que la etnicidad como creación social no sólo usa de lo material como una manifestación más de la identidad; o, en segundo lugar, replantearse si debemos reducir la identidad étnica únicamente a la identidad político-territorial, cuando sabemos, gracias al concurso de la antropología, que hay muchas manifestaciones identitarias (por sexo y género, por edad, por condición social, etc.) que afectan a la identidad colectiva, forman parte de esa identidad étnica y configuran, así, diferentes “espacios identitarios”. Adicionalmente, ya nadie osa en este campo hablar de identidad étnica, sino de identidades que actúan a diferente nivel, que se superponen e interactúan, se contradicen y evolucionan en sociedades que son complejas y desiguales. El historiador se ve obligado a elegir y a seleccionar. Y los grupos étnicos resultantes no son realidades que se puedan encapsular en el tiempo y en el espacio, sino todo lo contrario; usando un simil organicista no se trata de saber tanto cómo se llaman o qué lo componen, cuánto cómo se mueven y evolucionan.

La sección monográfica que tiene el lector entre sus manos parte de todo lo avanzado hasta ahora. No es nuestra intención dar respuestas absolutas a todos los interrogantes, sino abrir nuevos posibles caminos a partir de estudios, unos más generales, otros más específicos. Así, comenzamos con una reflexión historiográfica inicial que pretende aclarar sucintamente de dónde venimos, dónde estamos y a dónde vamos, en el marco de una historiografía española que tiene características particulares. Una vez aquí, partimos de un presupuesto histórico indiscutible: será en las consecuencias que a corto y medio plazo conllevaron las conquistas cartaginesa y romana, donde encontraremos muchas de las claves para entender la configuración y el desarrollo particular de las etnias históricas. Y otra premisa de naturaleza metodológica que conviene destacar en un tema y en campo dominado por el pensamiento arqueológico: estudios transversales entre la documentación literaria, epigráfica y arqueológica son más necesarios que nunca. Eso es especialmente visible en un ensayo de caso que presentamos: la compleja situación del Estrecho entre los siglos III y I a.C. da

lugar a un fenómeno de hibridación etno-cultural con tantos agentes que, no por insólito, dejar de servir como modelo de trabajo para corroborar la idea de que las identidades étnicas no pueden circunscribirse a un único grupo ni a un solo nombre, porque aquéllas “viajan” y, a la vez, “cambian” (o las “cambian”), se “mezclan” y sus “fronteras” serán permeables. Los dos trabajos sobre las áreas ibérica e indoeuropea (delimitaciones lingüísticas escogidas por operatividad) tienen en común que destacan la centralidad de Roma en todo el proceso de reformulación identitaria y territorial de las comunidades indígenas entre la República y el Alto Imperio. Nos invitan a replantearnos la conocida dialéctica entre “continuidad” y “ruptura” (o “pervivencia”/“resistencia” y “aculturación”) etno-territorial que tanto desarrollo ha tenido en nuestra historiografía a la hora de definir los procesos de cambio entre lo “prerromano” y lo “romano”, cuya frontera queda totalmente desdibujada. A partir de aquí nada será igual caso a caso, pero al menos está empezando a quedar clara una cosa: las continuidades no son un fenómeno residual sino, por el contrario, constituyen el testimonio de resituaciones etno-identitarias de naturaleza social y política que surgen en un marco de dominación y adaptación al dominio cartaginés y romano, y cuyo alcance efectivo todavía está por descubrir. El mapa étnico que todos tenemos en mente es, sobre todo, de esta época, no anterior, y resultado de la conquista y sus consecuencias de muy diversa índole: político-administrativas, censales, militares o puramente identitarias para reforzar una doble condición, nativa y romana. Es, por este motivo, que se incluyen también dos aportaciones que se consideran esenciales en este sentido y que sirven, además, para valorar la importancia de una relectura de algunas de las fuentes clásicas poco tratadas desde una perspectiva radicalmente contraria a la de la “arqueología filológica”. Cuando uno observa, como se concluye, que la etnografía de Ptolomeo (uno de los autores prácticamente desconocido para nuestra historiografía) responde básicamente a una *vulgata* romana que hunde sus raíces en la conquista, no se tiene por menos que deducir el papel activo de Roma en la articulación de dicha panoplia étnica, en parte sólo conocida gracias a este geógrafo. Igualmente, y precisamente por esta razón, había que ir a los textos latinos, por lo general poco tratados a causa de la omnipresencia de esa etno-geografía griega que se cierra con Estrabón. Estos nos indican que se va elaborando una geografía literaria de la conquista (que no desconoce, por lo demás, la tradición griega) en paralelo al reajuste étnico y cívico-romano y que tiene en Plinio su último y más preclaro exponente. Serán estas fuentes las que “nombren” a los pueblos de Iberia / Hispania y las que las definan –para bien o para mal– históricamente hablando.

En fin, pensamos que la investigación tiene aquí entre sus manos otras posibilidades de análisis sobre los debates abiertos, y que permite concluir una vez más que las identidades colectivas, y sus resultantes étnicos, constituyen el marco conceptual adecuado para analizar el pasado antiguo hispano en su cambio histórico, siempre que no nos dejemos atrapar por los nombres ancestrales y sus supuestos territorios dentro de un esencialismo trasnochado pero de nuevo cuño.

Agradecemos al Consejo de Redacción de la Revista *Gerión* la confianza depositada en nosotros y a los distintos evaluadores sus sugerencias y consejos.